

PROLETARIADO Y ARTE

Proletariado y arte ¿no son, acaso, expresiones sinónimas de revolución y arte, o aún de arte y porvenir? ¿Cuál será el carácter del arte en el futuro? ¿Adquirirá el proletariado, en un porvenir cercano, la aptitud necesaria para exteriorizarse en un arte independiente, y de qué índole será ese arte?

Tal cuestión preocupa a muchos dentro del movimiento social de las clases inferiores, y, sobre todo, a sus elementos intelectuales. La respuesta quedará librada al proletario mismo, y está destinada a producirse tardíamente. Teniendo el arte—excepción hecha de casos aislados que por cierto confirman la regla—más el carácter de un sedimento cultural que dé un propulsor de nuevos rumbos, no habrá mayores perjuicios que lamentar por la demora de la respuesta.

Conozco a un hombre—tipo acabado del esteta burgués y liberal—tan literariamente revolucionario que las damas de la burguesía se sentían presas de un inofensivo horror cuando aquel les exponía sus ideas. Este individuo se fué a Rusia a objeto de conocer por observación directa una revolución. Vióse casi forzado a marcharse, a riesgo de perder su posición de *enfant terrible* de la sociedad burguesa. No se hallaba en su ambiente. Todo le resultó allí demasiado brutal, tangible, material. Pero, en seguida visitó el teatro y descubrió que en él dominaba una técnica completamente nueva. Las decoraciones se componían exclusivamente de triángulos—lo que bien podría representar la trinidad divina, las tres dimensiones, o ser el símbolo triangular de la cordura humana. El apuntador se hallaba ubicado entre los espectadores y leía en alta voz; de tal suerte que el público podía seguirlo cómodamente. El actor, que debía dar expresión a una fuerte emoción interior y oculta, resolvía su cometido por medio de una actitud genial, haciendo jinar hacia adentro sus piés. Desde ese día se hizo un fervoroso devoto de la revolución rusa. No es

escaso el número de los que, como aquel, hacen depender su postura frente a la revolución, del hecho de que ella sea una revolución formalmente teatral.

Nuestra época es fuertemente literaria, como toda época decadente. Es cosa sabida que intereses literarios conducen a estados revolucionarios de espíritu. Aparte de ello, se esconde un cierto perverso “jugar con fuego” en el interés teatral del burgués para la revolución.

¿Qué debe rendir la revolución como compensación a estos intereses? Más literatura, más arte para los mal intencionados, más teatro!

El proletariado pretende hacerse cargo de la dirección espiritual de la sociedad. Bien; justifique su derecho creando un arte que sobrepase al nuestro por su ingenio y su vivacidad. ¡Que bata nuestros *record!* Que imagine lo nuevo, lo sorprendentemente nuevo.

Desgraciadamente, no fué la burguesía decadente la que formuló estas exigencias frente al proletariado que avanzaba; también los comunistas estamos contaminados de burguesía; nos llamamos literariamente en su corriente.

Existe un cien por ciento de hombres de la vieja escuela; en cambio no se hallará igual proporción de comunistas en toda la superficie de la tierra. Estamos infiltrados, cual más cual menos, de las viejas normas y de la antigua apreciación de los valores. Por lo demás, estamos de acuerdo, entre otras cosas, en que el proletario tiene hoy mayores y más serios problemas de qué preocuparse, antes que de ingeniarse en la producción de novedades literarias o pictóricas.

El viejo mundo se ha rebalsado en cultura, y ahora solo puede exudar secreciones culturales, en forma de arte y literatura, que luego forzosamente son identificadas como manifestaciones de cultura. Sin espíritu crítico nos hemos hecho cargo de esta identificación, y de ahí las exigencias que se formulan al proletario. Es, por supuesto, de grande importancia poder establecer que una nueva cultura proletaria se inicia y desarrolla para relevar a la cultura del mundo antiguo. Si fuera posible inducir al proletario a que produzca, de inmediato, un arte—un arte nuevo—la prueba quedaría hecha, desde luego.

“El proletario no tiene cultura”,—me decía un excelente compañero, en cierta ocasión al discutir el tema—“no tiene, por ejemplo, arquitectura”. Su cultura es puramente plebeya; en la actualidad, precisamente, tiene ante sí el problema de crearse una cultura propia, “marxista”. Bien es cierto que la plebe tampoco



posee una arquitectura, como no la tiene, en rigor, la burguesía, en consecuencia, tampoco le correspondería tener una cultura propia.

Por supuesto que el proletariado tiene su cultura, y una cultura antigua. Más, he aquí que hasta ahora no ha podido presentarse a la luz del día y, por lo tanto, no ha podido desenvolverse en forma amplia. Pero, con todo, en el transcurso del tiempo su vegetación ha echado algunas verdes ramas hacia el cielo, como un presagio de su ramazón futura. Muchas de las figuras dirigentes de la sociedad del antiguo régimen, a través de los últimos cincuenta años, han surgido del proletariado. ¿Podrían, acaso, crearse y desarrollarse las potentes organizaciones del proletariado, en un ambiente social sin cultura?

El proletario posee no solamente una cultura propia, sino también ritos culturales de característica diferente de aquellos de las demás capas sociales. Todo aquel que es proletario bien sabe que con la misma facilidad se cometen pecados contra el buen tono en las humildes chozas que en los altos salones. La unión dentro de la clase plebeya, la comunidad en el bien y en el mal, que le es peculiar—en una palabra, la “solidaridad”, — ¿data, acaso, de ayer? Marx no es el creador de la cultura proletaria: la expresión “cultura marxista”, carece, en rigor, de sentido. Marx es el gran químico, que ha cristalizado lo esencial de la cultura proletaria; el explosivo destinado a abrir a sus masas el camino hacia la luz.

La hora histórica del proletariado es, sin duda, la actual; está destinado a extremar su lucha para librarse del abrazo fatal del capitalismo, o a perecer con él. No es fácil pronosticar el resultado, porque el proletariado está fuertemente influenciado por el capitalismo.

Hay avispas que depositan sus huevos en los escarabajos grandes, dejando que éstos empollen su cría. Ellas paralizan al escarabajo, hiriéndolo con sus agujijones en su centro nervioso, de modo que ya solo le es dado moverse, trabajosamente, a objeto de buscar el alimento para las larvas de las avispas, que bien alimentadas y protegidas, viven en su interior. De esta misma manera, el capitalismo infiltra sus ideas en las clases proletarias. Grandes masas del proletariado están vagando inconscientemente por doquiera, en la hora crítica de su destino, paralizadas en su médula, explotadas y carcomidas por los engendros capitalistas.

Siempre que el proletariado, en un rasgo de energía, sea ca-

paz de sacudirse librándose de tales parásitos, habrá definido su posición frente al progreso; habrá probado ser un portador, y llegará a ser el factor que impondrá su sello intelectual a la nueva época. Será el portador de un nuevo renacimiento! Nuevas ideas, nuevos pensamientos, nuevas acciones serán las consecuencias de su insurrección; la sangre fluirá con más alegría y más fogosamente por todas las venas de la humanidad; una nueva era fecunda iniciárase para el mundo entero; tanto para la literatura como para el arte. Más, ¿qué rumbos seguirá esta nueva orientación?

Creo poder decir, desde luego, que ella no se extraviará en exploración de nuevas formas para el arte. Hay una ley en el mundo intelectual que dice: "Cuanto mejor el contenido, tanto más sencilla la envoltura". Y esta ley encuentra también su plena aplicación en el terreno de las artes; o sea, con otras palabras: Mientras que un pueblo o una capa social está rebalsante de valores intelectuales, no se dedicará a la circunscripción de estos valores, sino que se expresará directamente, sea por las ideas, o sea por la transformación de éstas en acciones. Recién, cuando los referidos valores principien a menguar, se echará mano del auxilio del adorno: las artes entran en acción. El interés específicamente artístico coincide con la segunda faz del desenvolvimiento de un pueblo o de una clase social—en su faz decadente—y crece proporcionalmente al descenso. Lo que al observador superficial se presenta como un renacimiento artístico—formas y métodos nuevos—en realidad no es más que un fenómeno de la decadencia.

No sabría decirlo; más, tal vez, el arte, tal como lo concebimos nosotros en la actualidad, tenga un apogeo detrás de sí; muchos factores indican que sus días son contados. Hay en su desarrollo histórico una línea directiva, que conduce hacia la eliminación de todos los efectos exteriores. He aquí un movimiento retrógrado, en contra de lo verdadero.

El verso, que actualmente está en estado agónico es la forma de arte más antigua; la prosa sencilla, la más moderna. El mismo desarrollo, a grandes rasgos, se hace sentir en el drama y la novela. Hace ya trescientos años que Cervantes con su obra "Don Quijote de la Mancha" terminó con los fantásticos y desequilibrados romances de caballería, y no pasageramente, sino para siempre. El drama muestra el mismo desarrollo: la acción catastrófica, primero es desviada al interior (Ibsen); cede, al fin, enteramente a efectos más sencillos. ¿A quién le interesa hoy, todavía, el cúmulo de suertes secundarias con su psicología catastrófica, artificialmente torcida?

El proletario tiene aquí toda la oportunidad de entrar en ac-

ción, con sencillez, rectitud y sentido común, conforme al espíritu que le es inherente. Ya ha empezado en varios países a crear su propia literatura: poesía familiar y social, sorprendente por su absoluto realismo, y por el brillo de que, sin embargo, puede revestir los fenómenos más vulgares. No es de suponer que el proletario se dedique a hacer pruebas de equilibrio, flotando libremente en el aire, tan solo para satisfacer a los estetas; y no lo hará de manera alguna, si puede rendir libre culto a sus propias inclinaciones. No lo hará, porque pisa sobre terreno absolutamente firme para él.

El saber del antiguo régimen podría precisarnos el peso del sol, con minuciosa exactitud, pero no fué capaz de compulsar la cantidad de pan necesaria para la pléyade de los hambrientos. Su arte podría hacer que apareciesen, saliendo de una caja vacía, todas las maravillas del mundo; podría iluminar el cuento de hadas en el proscenio... pero, el día siempre igual y monótono, oprimía con pesadez de plomo a los seres decaídos y agobiados por el hambre.

En mi sentir, poco importa que el proletariado demuestre su incapacidad en todo lo que se relaciona con la producción de nuevos efectos teatrales, con tal de que sepa sacar las consecuencias de su propio ser—de su espíritu de solidaridad—y que logre llenar de claridad y de brillo la penumbra en que vegetan las masas.

Ello es, al fin y al cabo, la exteriorización más sublime del arte.

MARTÍN ANDERSEN NEXO
